



56

NUEVO SIGLO

Hanissa

ESTRECHO DE GIBRALTAR



ENTRADA AL MEDITERRÁNEO

Nuestro grabado ofrece la vista del Estrecho al ir á embarcarlo para entrar en el Mediterráneo; la costa de la derecha es la de Afrlca, la de la izquierda la de Europa (Tarifa). El estrecho mide 13 kilómetros de anchura mínima entre Punta Canales y Punta Cires. En la parte más estrecha la sonda no acusa más que 300 metros, mientras que algo más al Este la profundidad es de 900 metros. Se ha reconocido que debajo de la corriente que lleva al Mediterráneo las aguas del Atlántico hay otra en sentido inverso, lo cual explica que es lo que se hace de los millones de metros cúbicos de agua que la corriente superficial lleva anualmente á nuestro mar latino; la existencia de esta

contracorriente quedó corroborada por el curioso hecho de que habiendo sido echado á pique un brick-berca holandés por un corsario inglés, derivó *hacia el Oeste*, entre dos aguas y fué á varar en las cercanías de Tanger, á 22 kilómetros del punto en que había desaparecido bajo las olas.

Digamos ahora que hallándose Gibraltar situado mejor en el Mediterráneo que no en el Estrecho, más le cuadraría á éste el nombre de *Estrecho de Tarifa*, ó si se quiere, *de Ceuta*. Tanger, ciudad marroquí, se halla en cambio, en la entrada del Océano.

Tales son las cuatro ciudades del famoso Estrecho, con más Algeciras, cuya bahía se abre á la vez sobre el Estrecho y sobre el Mediterráneo.

La apertura del Estrecho, atribuida á Hércules, se explica por la naturaleza cavernosa de las rocas de las dos penínsulas terminales española y marroquí, que facilitaría el trabajo de erosión, sobre todo, si el Mediterráneo, por la evaporación más rápida de sus aguas, se encontraba á más bajo nivel que el Atlántico. En tal caso, las grietas debieron ensancharse prontamente, batidas por las enormes cataratas atlánticas. ¡Calcúlese, en efecto, cuanta no debe ser la cantidad de agua que al Océano vomita incesantemente en el Mediterráneo, con una rapidez que varía de 4 $\frac{1}{2}$ á 10 kilómetros!

Parece ser que el Estrecho se ha ido ensanchando en los tiempos históricos. Respecto al famoso peñón de Gibraltar sabido es que se le ha comparado por su forma á un león echado que guarda la entrada de los dos mares. Las numerosas cavernas que eneierra contenían osamentas de hombres del tipo dolicocefalo, pertenecientes á la edad de la piedra pulimentada, y por su aspecto y su contenido son iguales dichas cavernas á las de las costas de las islas Jónicas y Dalmacia, pertenecientes todas á la misma edad y de idéntica formación.

Los del siglo pasado

No hay remedio.
Nos hemos colocado en el siglo xx y alguna vez resonará en nuestros oídos la frase:

—Vosotros, los hombres del siglo pasado...

Para nuestros nietos, los consejos y advertencias que les ofrezcamos, serán cosas de antaño, vejezes, antigüallas.

Y los adelantos científicos, las transformaciones políticas y sociales, la regeneración artística, todo eso que constituye la vasta labor del siglo xix, será considerado, tal vez, como sin importancia frente a los inventos, transformaciones y progresos de las futuras generaciones; ó, á lo más, como curiosidad digna de respeto y consideración. ¡Y nosotros que hemos creído imposible ir más allá!

¿Qué harán nuestros descendientes de la hermosa herencia que recogen de nosotros, los hombres del siglo pasado?

Hé ahí un problema, cuya solución no veremos ninguno de los nacidos hasta la fecha; ni, probablemente, de los que nazcan antes del año veinte.

¿Qué será del vapor, de la electricidad, del fósforo, de las plumas de acero, que sustituyeron á las de ganso; aunque todavía existen individuos que escriben con estas para mayor propiedad?

¿Y de los globos dirigibles, de los cañones de tiro rápido, de los fusiles maüser, y de todas esas grandes reformas introducidas en el material de guerra con que los pueblos civilizados defienden bárbaramente sus derechos, diezman á los débiles y saquean á los ricos?

¿Y del teléfono, el fonógrafo, el cinematógrafo y el género chico?

¿Y de la fotografía y su hija natural la instantánea, venero de riqueza para las revistas ilustradas á la moderna, y desesperación de artistas dibujantes?

¿Y del fotograbado?

¿Y de los microbios?

¿Y de la política constitucional?

¿Y de Silvela?

¿Y de Dato, el de las veinticuatro horas?

¡Me horrorizo al pensar que cuando termine el siglo xx, tal vez todo eso esté arrumbado en el montón de los trastos inútiles!

Porque si acomete á nuestros nietos la fiebre de ciencia, que nosotros hemos sentido, ¡cuántas cosas inventarán!



Menos mal, que no pueden negarnos el derecho de primacía; y algo es algo.

Pero, hablando en serio, ¡cuidado que han ocurrido cosas en el siglo xix!

Si lo consideramos en relación con los anteriores, merece ser calificado como segunda edición (corregida y

aumentada) del xv, ó sea, como el del nuevo renacimiento. Porque el lapso de tiempo, comprendido entre ambos, no es más que un paréntesis abierto por las funestas rivalidades de Carlos I de España y Francisco I de Francia y cerrado á fines del xviii por la revolución francesa y el bárbaro despojo de Polonia.

¿Se repetirá la historia?

Después de los gigantescos esfuerzos y titánicas empresas realizadas por el siglo xv, vino la decadencia, acentuada de día en día, hasta el despertar de Francia, que produjo violenta sacudida, conmovió al mundo y cerró, con aüreo broche, el paréntesis de que antes hemos hablado; el siglo xix, ha continuado la gloriosa obra del xv, torpemente interrumpida, y abierto nueva era de regeneración y progreso en todas las esferas del saber.

¿Irá más allá el siglo xx?

¿Volverá la decadencia y será perdido por completo el tiempo y los esfuerzos empleados en la magna labor de la humanidad buscando su mayor perfeccionamiento?

¿Se dormirá la sociedad sobre los laureles conquistados en gloriosa lid, negándose á seguir el amplio sendero que la hemos trazado, los hombres del siglo xix?

¡Quién sabe! Después de todo, para nosotros el problema está resuelto; dentro de cincuenta años ¿cuántos hombres del siglo pasado quedarán?

Es imposible conservar el buen humor, cuando se piensa en que ninguno de los que hemos visto alborar el nuevo siglo, asistiremos á su anochecer.

Solo nos queda el consuelo de decir á nuestros sucesores:

—¡Ahí queda eso! ¡A ver como los tratáis, y sobre todo, procurad que nuestra obra se perfeccione en bien de las futuras generaciones! ¡Recoged el fruto de la semilla que nosotros hemos arrojado! ¡El porvenir es vuestro!

Salvo que los españoles no podemos mostrarnos muy orgullosos de nuestros adelantos.

Vamos á la zaga de todos los países civilizados, ó que lo parecen.

Por nosotros no pasan siglos.

Comenzamos el XIX divertidos en intrigas palaciegas, haciendo política menuda y luchando por conservar, como sagradas reliquias, las tradiciones del fanatismo, y acabamos entregados á la misma tarea.

La guerra de la independencia, nos cubrió de gloria y la que últimamente hemos sostenido contra los yankees, nos ha puesto el *inri*.

El continuo tejer y destejer constituciones, todas peores, nos ha traído á un estado político y administrativo tan deplorable, que acabará, y pronto, con lo poquito que ha quedado en pie después de los pasados desastres.

En el terreno científico, salvo algunos hombres que por su saber han descollado, pocos por desgracia, no encontramos más que muchos charlatanes empíricos, muy semejantes al mono, por el afán de apropiarse las buenas cualidades del prójimo estudioso.

En pintura rayamos alto, aunque no lleguemos, ni con mucho, al nivel de Murillo, Velázquez, y demás inmortales, que dieron honra y prez al arte

español en los siglos XVI y XVII.

La literatura, aunque adolece del vicio de extranjerismo, también ha quedado en excelente concepto al terminar el siglo. Aunque pocos, tenemos muy buenos escritores, que abrillantan la lengua de Cervantes con hermosas y siempre interesantes producciones.

En el teatro. ¡En eso sí que andamos á gatas en el presente momento histórico.

Abundan los Comellas y, ni por casualidad, tropezamos con un Alarcón. Solo hemos conservado de Moreto la habilidad de apropiarse ideas ajenas, sin hacerlo, ni mucho menos, con el buen gusto y artístico acierto del famoso don Agustín.

¿Vendrá pronto el regenerador que necesita la escena española?

Porque si tarda un poco, ¡adiós teatro!

Aunque, para verlo así, vale más que no exista. Lo mismo que le ocurre á la cuestión social.

Como no llegue pronto, muy pronto, alguien que la resuelva, no hará falta, porque la sociedad dejará de ser, por disolución.

Ni más ni menos que los azucarillos en el agua.

¡Cuántas cosas ha de hacer el siglo XX para completar la obra iniciada por el XIX!

En fin, que nosotros veamos algo de lo que haga lo que sea más posible y después ¡el sepulcro frío!



¡Válgame Dios! ¿Por qué habré sido yo hombre del siglo pasado?

¡Por qué todavía hay mucho que ver y aprender y yo quisiera saberlo todo!

¡Todo!

¡Hasta como acabarán los conservadores y fusionistas!

Aunque esos, como los parásitos, se reproducen.

Constituyen plaga.

O lo que es lo mismo, son una plaga constitucional. ¡Microbios del presupuesto!

Pulpos gigantes, cuyas antenas nos estrujan y amenazan ahogarnos.

¿Dejaremos que nos corten el resuello?

¡Dios nos ampare y mejore nuestras veinticuatro horas diarias, en el siglo XX!

Amén.



La juventud de algunos grandes hombres

Por lo que vamos á decir se verá que no es necesario hacer *vida de bohemia* en la juventud para llegar á ser una eminencia.

Victor Hugo trabajaba incesantemente para ganarse la vida, y tenía que hacer dos comidas con una sola chuleta.

Michelet daba lecciones á domicilio.

Renan hacía copias en la Biblioteca.

Dumas era escribiente, haciéndose apreciar por su excelente letra.

Victoriano Sardou pasó su juventud lleno de privaciones, pero no se desalentó nunca.

Contra la cocainización

Según el profesor Reclus la anestesia general por el método de Bier ó sea por la inyección subaracnoidea de un centigramo de cocaína en la columna vertebral produce mucha mayor mortalidad que no el empleo del cloroformo y el éter, por lo cual debe ser abandonada, limitándose el empleo de la cocaína á la anestesia puramente local.

Los empleos del vidrio

Es la industria del vidrio una de las más antiguas y al par de eso figura entre las más importantes, pues rarísima será la vivienda, por pobre que sea, en que no se vean botellas, cristales, vasos, espejos, etc.

Fabricase este cuerpo con materiales de lo más vulgar: arena, creta, carbonato de sosa y de potasa, etc. El cristal no se diferencia del vidrio sino en que es más transparente y además completamente incoloro, estando reemplazada la cal de la creta por el óxido de plomo. Fundido el vidrio, puede ser elaborado por colage ó por soplaje.

Consiste el colage en verter la materia en fusión sobre una mesa, si se trata de espejos, ó en un molde, para un grandísimo número de objetos.

El soplaje se emplea para la fabricación de las botellas y es una operación sumamente penosa, pues el obrero debe soplar sin descanso en su tubo de hierro durante ocho horas por día, de manera que lanza cerca de 1,200 á 1,500 litros de aire bajo una elevada presión. Tan fatigoso es este oficio que no hay quien pueda resistirlo más al llegar á los cuarenta años. Cuando se fabrican damajuanas el obrero se pone un poco de alcohol en la boca y lo proyecta poco á poco en el tubo, con lo cual, vaporizándose el alcohol, dilata el vidrio.

Este procedimiento ha sugerido la idea del soplaje artificial; en algunas fábricas se emplean una bomba ó un soplete, pero es difícil obtener un chorro regular; en otras se utiliza el aire comprimido, procedente de un depósito, y más recientemente se ha propuesto empujar por lo bajo el vidrio líquido con auxilio de un pistón, de sección correspondiente al



SOPLAGE DEL VIDRIO POR MEDIO DEL AIRE COMPRIMIDO

espesor que hay que obtener; en este caso el vidrio se cuele con toda regularidad entre el pistón y la pared. Sería interminable la enumeración de los objetos de vidrio que se fabrican; sin embargo, tomaremos como puntos de comparación dos categorías de pro-

ductos: para fabricar, por ejemplo, cristales de reloj se empieza por soplar bolitas de vidrio de 15 centímetros á 1 metro 50 de diámetro, que se cortan por la mitad, y luego se van recortando los cristales en cada hemisferio con una especie de compás armado de un diamante en una de sus piernas; un obrero ú



LÁGRIMAS BATÁSICAS

obrero inteligentes pueden recortar 6,000 cristales al día; antes no queda el cristal en disposición de ir á casa del relojero tiene que sufrir 35 operaciones. Calcúlase en 100 millones de cristales el consumo anual, en el mundo entero.

Hemos hablado de piezas minúsculas: citemos ahora los enormes espejos de la fábrica de Saint Gobain; la bola de cristal soplado de la casa Appert, que tiene 2 metros de diámetro; la lente de 1 metro 25 de diámetro construido por M. Mantois para el gran telescopio de la Exposición Universal de 1900 y el espejo del siderostato, de 2 metros de diámetro, 27 centímetros de espesor y 3,600 kilos de peso colado en la fábrica de Jemouont.

Todas las propiedades del vidrio son interesantes, pero especialmente el *temple*. Déjese caer una gota de vidrio fundido en agua fría ó aceite, y se verá como se solidifica tomando la forma de una pera oblonga terminada por una cola muy fina: se tendrá una *lágrima batávica*, nombre que recuerda el experimento hecho por primera vez en Holanda el siglo XVII. Si se golpea con un martillo el cuerpo de la lágrima, resiste, pero si se rompe la cola toda la masa queda destruida, formándose una polvareda de vidrio que es lanzada con violencia en todas direcciones; explosión debida al equilibrio inestable de las moléculas de la capa exterior.

Basándose en esta propiedad se han construido vasos, platos, etc., de vidrio *inrompible*, menos denso, más duro, no cortable por el diamante y más elástico que el vidrio ordinario, pero no ha tenido aceptación, y se comprende, pues ¿quién iba á pagar los vidrios rotos sino se rompía ninguno?



EL CENTINELA

Eran las siete de la mañana de un frío y lluvioso día de febrero, y formados en grupos en la plaza de Monzón esperaban los soldados de la columna de Montecampa que dieran la señal de formar para ponerse en marcha.

Uno de aquella tropa, que saliendo de una taberna se dirigía a reunirse con sus compañeros con perezoso paso, detúvose rasgueando una guitarra, y tiempo como verdadera ex-

presión de sus operaciones:

—Montecampa solo campa
 en el alto de Aragón,
 de Monzón á Tamarite,
 de Tamarite á Monzón.
 —Y si el tiempo lo permite,
 otra vez á Tamarite.

respondió una voz, en el mismo tono.

—¡Pues lo que me tarda llegar allá!—replicó un soldado cuyo aspecto revelaba cierta distinción.

—Eso va en gustos, maño,—contestó otro,—que á mí arrancarme de Monzón es como arrancarme la muela del juicio.

El toque de llamada de las cornetas hizo enmudecer á los soldados; formó la columna, compuesta de un batallón, dos piezas de montaña y una sección de caballería, y al poco rato salía de la ciudad, camino de Tamarite.

Una vez á alguna distancia, la tropa dejó su formación y los soldados marcharon por los dos lados de la carretera. Todo eran coplas, risas y charla, hasta que al llegar á una hondanada, cerca de Son Esteban, sonaron algunos tiros, y se oyó el toque de *jalto!* mandado por el brigadier.

Poco después llegaba un soldado de caballería, que con otros hacia el servicio de flanqueo, y participó al jefe que se veía una partida carlista en lo alto de un cerro, á la otra parte del desmonte. El brigadier mandó adelantar las piezas, y una vez á la vista del cerro reconocióse, en efecto, la presencia del enemigo en el lugar dicho; pero una granada disparada certeramente le puso en dispersión, y la marcha continuó sin novedad, llegando la columna á Tamarite á la una de la tarde.

Apenas repartidas las boletas de alojamiento, el soldado á quien *le tardaba llegar allá*, fuese más que corriendo á una casa de la calle de Zaragoza, saliendo á recibirle una bellísima muchacha que hasta entonces había permanecido asomada á la ventana, sin disimular su impaciencia.

—¡Pilar!

—¡Jorge! ¿No tienes novedad? Dicen que los carlistas os esperaban para no dejaros pasar.

—Sí, pero han huido en seguida.

—Era la partida del *Botiguero*... ¡He tenido un miedo!

—¿Del *Botiguero*?—dijo Jorge, nublándose su frente.

—Ha jurado que ha de entrar en Tamarite...

—Sí, lo creo... ¡Como estás tú en Tamarite!... Pero yo juro también que me la ha de pagar... Si no fuera tan cobarde, si fuera hombre, ya nos hubiéramos visto las caras... Tres caítas le llevo escritas para que riñamos...

--Déjalo, déjalo... El en Tamarite no ha de entrar...

--Pero ¿y si entrara?

--Entonces... ya verías tú quién es Pilar.

El soldado y la bellissima joven, honrada hija de unos labradores, departieron por largas horas y al llegar la noche tuvieron que separarse por tocarle á Jorge entrar de guardia.

Apenas había amanecido cuando se oyó tocar llamada á la carrera, y los soldados acudieron á reunirse en la plaza.

--¿A dónde?--se preguntaban bromeando.

--Pues... ¡á Monzón!

--Y pasado mañana de nuevo aquí.

--Somos una lanzadera, no una columna.

.....
--¡Los carlistas! ¡El Botiguero!

Este grito de angustia resonaba por calles y plazas al anochecer de aquel mismo día. Por fin, había conseguido el cabecilla salirse con la suya. La permanencia en Tamarite fué, sin embargo, cortísima; lo suficiente tan sólo para que el *Botiguero*, joven, guapo y valiente como pocos, se presentase en casa de Pilar y se la llevase á la fuerza, dejándola encargada, juntamente con dos niños, al cuidado de dos bagajeros, bajo las más terribles amenazas en caso de escapar ó bien de faltarles en lo más mínimo al respeto. El cabecilla decía que los tres habían de servir de rehenes para el pago de la contribución.

La partida se dirigió hacia Ponzano, donde llegó á las once de la noche, y una vez allí dió orden el *Botiguero* de que los presos fuesen conducidos á las Casas Consistoriales, donde se alojaba él, separada la mujer de los niños.

Sonaban las doce en el reloj de la iglesia cuando el *Botiguero* daba vuelta á la llave que cerraba por fuera el cuarto donde estaba encerrada Pilar, y penetraba dentro. Un farol colgado del techo alumbraba la estancia.

--¡Por fin, eres mía!-- exclamó el cabecilla, dirigiéndose hacia la joven, que presa de espanto dió un paso atrás al ver entrar á aquel hombre.--¡Por fin, habrán cesado tus desdenes! ¡Bastante me has hecho padecer! Tú me has arrojado á la guerra; por vengarme me he lanzado á combatir á los malditos *guris*, ya que entre ellos se encuentra el miserable que me robó tu amor.

--¡Yo tuya!-- respondió Pilar con acento del más profundo desprecio.--¡Matarme si podrás, pero rendirme nunca! Soy aragonesa, *Botiguero*, y si digo que no, será no, no y no.

--¡Pues lo veremos!-- rugió el cabecilla.

Y se arrojó sobre la prisionera; pero si el hombre era fornido, la joven era ágil y resuelta, y se defendía como una leona. Así transcurrieron cinco mortales minutos cuando se oyó el ruido de una descarga, seguido de un grande vocerío de ¡*Traición!* ¡*Traición!*!

--¡Comandante, que nos copan! ¡Tenemos una columna encima! ¡La gente se desbanda! Corra usted corra usted... Estamos perdidos...



El *Botiguero*, cubierto de lividez el semblante, salió precipitadamente del aposento, dejando cerrada de nuevo la puerta y al llegar á la entrada dijo al centinela:

—Suceda lo que quiera, no te muevas de aquí, y cuidado con que salga ninguno de los rehenes.

Rompió en llanto Pilar al verse de nuevo encerrada, pero á los pocos instantes pareció como si se sintiera poseída de súbita inspiración. En la precipitación de su marcha el *Botiguero* se había dejado olvidadas la boina y la capa, y se le había caído al suelo su puñal.

Brilló un rayo de esperanza en los ojos de la joven. Echóse la capa sobre los hombros, púsose la boina en la cabeza é hizo saltar la cerradura con el puñal.

Todo estaba desierto.

Llegó á la puerta de la calle; el centinela estaba en su puesto, y al ver relucir la chapa de la boina presentó armas.

Entonces Pilar echó á correr. Se oía fuego por la parte de la carretera de Lérida. Tomó ella por el camino de Tamarite. Encontró á varios fugitivos carlistas, pero nadie le dijo palabra.

Por fin, pudo creerse en seguridad. Oíanse aun algunos tiros. Conociase que los carlistas habían abandonado el pueblo y emprendido su marcha hacia la montaña.

Jadeante de fatiga, llegó á la vista de Tamarite á las cinco de la madrugada. Era terrible el frío; una confusa claridad iluminaba vagamente el caserío. Así llegó á un camino, encajonado entre dos cercas, que que conducía al pueblo.

—¡Alto! ¿Quién vive?—exclamó vibrante una voz.

Al oír aquel grito, echóse á temblar la joven. ¿Que decir? ¿Serían carlistas ó liberales?

—¿Quién vive?—repitió la voz.

—¡Es él!—exclamó Pilar.

Y si disponía á contestar cuando sonó un tiro y la infeliz cayó atravesado el cuello de un balazo.

Al ruido acudió la guardia, y los soldados, alumbrados por una linterna, se acercaron al lugar donde yacía el desconocido.

—¡Jorge, buena caza has hecho!—dijo el cabo.—Es un jefe. Mira como reluce la chapa de la boina.

—Pues si Montecampa no nos manda volver á la carrera á Tamarite, esta tarde ¡buena se iba á armar aquí!—repuso un soldado.

—¡Dios mío! ¡Misericordia! ¡Valedme!—exclamó Jorge.—¡Maldito sea yo!
¡Es mi Pilar! ¡Yo la he matado!

—Sí. Es una mujer,—dijo el cabo.—¿Qué diablos vendría á hacer aquí?

—¡Pilar!—exclamó Jorge.—¿Vives? ¿Vives?

Y volviéndose á sus compañeros, les dijo con imperiosa voz:

—Idos vosotros.

—Sí, vivo... Adiós... Adiós...

—¡Qué desgracia tan horrorosa! Sí... El *Botiguero* se te llevó y has huido...

—Soy tan honrada... como siempre...

Adiós..

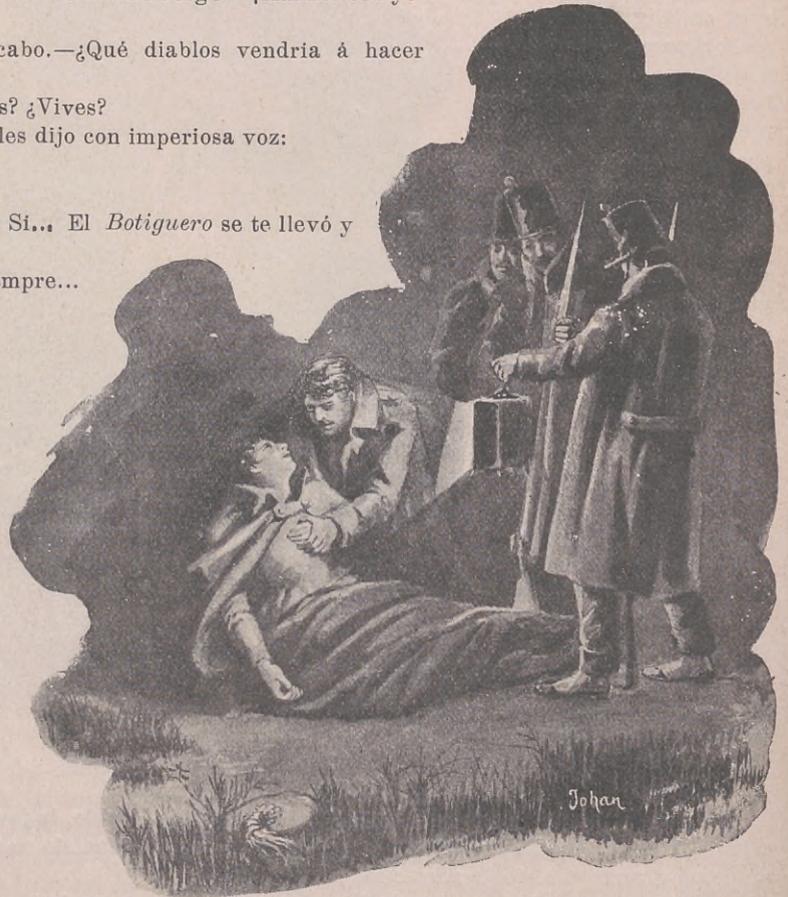
Jorge sintió que las manos de Pilar se helaban. Encendió un fósforo para mirarla. Estaba muerta.

El soldado permaneció arrodillado largo rato, estallando en sollozos, hasta que se levantó.

—Aquí plantaré una cruz,—dijo,—aquí donde te he matado, y ¡así me valga el castigo eterno, si dejo de pintarla con la sangre del *Botiguero*!

Por la tarde era conducida Pilar al cementerio, y al caer la última azadonada de tierra sobre el ataúd murmuró Jorge:

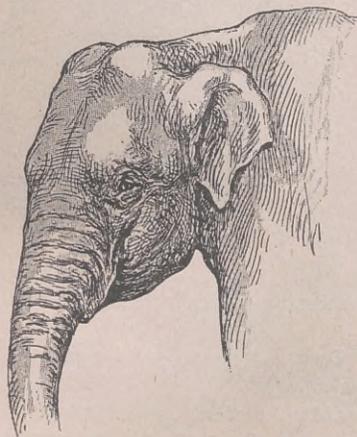
—Pronto nos habrás de ver, ó á mí, ó al otro.



Los elefantes

Dice del elefante el poeta indiano Vina Suati que «era el hombre de las edades desaparecidas», y ciertamente, no deja de tener su mérito esta definición, aparte de lo hiperbólica. No solamente está dotado el elefante de una inteligencia muy desarrollada, sino que por su gigantesca talla y su desmesurado volumen recuerda los colosos de los pasados tiempos geológicos.

Así en los desiertos jungles del Asia como en los inmensos matorrales del Africa Central la existencia del elefante transcurre en apacible calma. Sociable como lo son la mayor parte de los herbívoros, vive en manadas, y los más feroces carnívoros vacilan en atacar aquella formidable mole. Por lo demás, basta fijarse en su aspecto para desechar las especiotas que se han echado á volar respecto á su perversidad, su ferocidad, su carácter vengativo y otras lin-



ELEFANTE DE ASIA, DE CINCO Á SEIS AÑOS

dezas. Nada más lejos de la verdad; toda comarca habitada por los elefantes es el trasunto de una Arcadia.

Lo que si se puede decir es que está dotado de un apetito formidable. En la India absorbe 100 libras de arroz y bebe de 130 á 180 litros de agua.

En el Africa Central se mantiene de un árbol de espinas blandas, llamado árbol de los elefantes y en el resto de dicho continente hace uso de la verde yerba y las hojas, ramaje y corteza de los árboles.

En estado de domesticidad en nuestras colecciones zoológicas y parques puede tomarse por tipo lo que consume el elefante africano del Jardín de Plantas de París: dos haces de heno, tres de alfalfa, dos de paja, uno de zanahorias, seis kilogramos de pan, veinte litros de salvado y cinco kilos de patatas, diariamente. Como se ve, son unos pupilos bastante caritos de mantener.

Una vez satisfecho su apetito el elefante deja en paz á todo el mundo, pudiendo pasearse por entre

sus patas, con la mayor tranquilidad, los más sabrosos cuadrúpedos. Por lo demás, son tan dóciles y circunspectos esos paquidermos que, gustándoles en extremo los cereales, la caña de azúcar y el mijo se abstienen religiosamente de acercarse á las plantaciones en cuanto ven que están cercadas, por baladi que sea la cerca.

Los elefantes no gustan de que les de el sol, y así, durante el día permanecen en medio de la tupida espesura de los bosques y jarales, y aprovechan las noches frescas y oscuras para emprender sus caminatas. En lo cual se parece á los demás paquidermos, generalmente noctámbulos.

Cuentan los elefantes para defenderse, aparte de su volumen, su tremenda fuerza, su sociabilidad y su instinto de solidaridad (*l'union fait la force*) con ciertos sentidos extraordinariamente aguzados, especialmente el olfato, que reside, como el del tacto, en la trompa. Se puede asegurar por lo tanto que el elefante tiene muy buena nariz, en todos conceptos. Y es particular que este animal comprenda toda la importancia y la delicadeza de su trompa, pues es lo único que trata de preservar en los combates, y aun para desgajar los árboles, de cuyas raíces se alimenta, se vale preferentemente de la cabeza, evitando en lo posible el empleo de aquel su estimado cuanto formidable apéndice.

La trompa, en cambio, le sirve al elefante para una porción de usos de la mayor importancia: en el abrevadero se convierte en bomba aspirante, y después de haber apagado la sed, se sirve de ella para rociarse ó ducharse en todos los sentidos. Si no hay agua, y el sol pica demasiado, aspira con la trompa arena ó tierra y los sopla sobre sus lomos para refrescarse. Por fin, cuando está agobiado de calor y de fatiga, va á buscar con la trompa, en su propio estómago, el agua allí contenida, con la cual se rocia las espaldas y los hombros.

Pero el principal servicio que presta la trompa al elefante es como órgano del olfato. Tan delicada es su sensibilidad que huele la presencia del enemigo á muchos kilómetros de distancia; en cambio el elefante es corto de vista y su oído es poco fino.

Si el elefante procura reservar en lo posible su trompa durante los peligros la hace servir en cambio de continuo en las horas apacibles, siendo igualmente dignos de admiración la fuerza que posee aquel órgano, la variedad de movimientos que puede ejecutar y la delicadeza con que realiza las más difíciles funciones prehensibles, gracias á su extremo terminal.

Con la misma trompa que recoge el elefante una moneda ó un pedazo de papel derriba los árboles y traza en los más impenetrables matorrales largos y anchos senderos. Verdad es que para esas funciones de «ingeniero de caminos» cuenta también con sus colmillos, de los cuales se vale para levantar masas,

derribar piedras y cavar agujeros. Los colmillos de los machos adultos pesan unos 15 kilogramos, pero los de las hembras solamente 3. Esos colmillos de marfil han sido la causa de la horrible persecución de que han sido víctimas los elefantes, hasta el punto de haberse tenido que celebrar recientemente una conferencia internacional para prohibir la caza de dichos animales en Africa, al objeto de evitar su inminente desaparición de dicho continente.

Los cazadores de elefantes van á buscar á estos en el seno de los bosques vírgenes. En cuanto advierte la presencia del hombre, el elefante huye como una tímida gacela, pero si queda herido se vuelve terrible: lánzase entonces contra el cazador, como una locomotora á toda máquina, levantada la trompa, gachas las orejas, ébrio de furor, y desgraciado del hombre si no tiene tiempo de enviarle una bala antes de que le alcance; en este caso, el elefante le acorrala con su trompa contra un árbol, le atraviesa con sus colmillos y en seguida le pisotea y lo aplasta. No es preciso, pues, encarecer el sumo peligro de esta cacería.

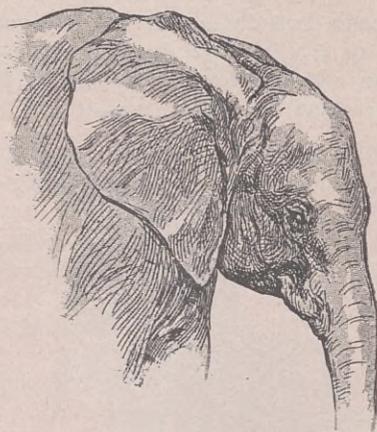
Pero no se suele cazarlo así; por lo común sus perseguidores se valen de trampas y proceden como explica un viajero en los siguientes términos: «Los indios, que han llegado á ser maestros en este arte, escogen un lugar cercano á alguna corriente de agua,—sabido es que los elefantes adoran los baños y las largas abluciones,—y construyen, por medio de estacas de cinco á seis metros un inmenso cercado. Entre esas estacas, distanciadas de manera que pueda pasar por entre ellas un hombre, se entrelazan bejuco y bambúes. En los ángulos de la extremidad por la cual deben llegar los elefantes, quedan unas aberturas que se pueden cerrar instantáneamente por medio de vigas. Desde esos dos puntos parten á guisa de alas dos cercados rectilíneos destinados á conducir á las aberturas á la manada que se desvíase á derecha ó izquierda. No es preciso decir que esas barricadas no resistirían á un trompazo, pero los indígenas cuentan menos con la solidez del cercado que con la timidez de aquellos animales.

»Cuando esta trampa ó *corral* (*sic*) está acabada los derribadores, en número de dos á cinco mil, ponen manos á la obra. A menudo forman un círculo de muchas leguas; su marcha debe ser prudente á fin de no alarmar con exceso á los elefantes y evitar que huyan en direcciones opuestas. El ojeo puede durar dos meses. Cuando las alas de los derribadores tocan al corral, no esperan más que la señal para comenzar. Entonces queda perturbado el silencio de la selva por los gritos de los centinelas, los redobles de los tambores, las detonaciones de las armas de fuego. Creciendo de continuo el ruido los elefantes tratan de cruzar la línea, pero son siempre rechazados por una batahola espantosa. Al ponerse el sol el espectáculo adquiere más interés que nunca. Las hogueras, que no han hecho más que humear durante el día, se hacen más vivas, esparcen un rojizo resplandor en la oscuridad y alumbran los diversos

grupos con una luz fantástica. Las hojas secas hacen brotar toda una línea de llamas que se eleva coronada por una humareda atorbellinante, y solo el corral queda sumido en profunda oscuridad.

»Por fin llegan los elefantes. Guíales el más viejo, y entra, gacha la cabeza, en el cercado, donde le sigue toda la manada. En el mismo instante se ilumina el corral como por ensalmo. Los cazadores rodean el cercado y rechazan, blandiendo sus antorchas, toda tentativa de los elefantes para escaparse.

»Al día siguiente se hace entrar en el corral á los elefantes domesticados, montados por sus cornacs. Sucesivamente rodean y aíslan á cada uno de sus congéneres y permiten á los *cogedores de elefantes*, hombres diestros y experimentados, deslizarse por



ELEFANTE DE ÁFRICA DE SEIS Á SIETE AÑOS

entre sus piernas y pasar sus lazos por los piés del elefante salvaje.

»Así cogido el elefante, gracias á la complicidad de sus hermanos domesticados, es atado entre dos árboles. Al cabo de algunos días de ayuno empieza á comer, pero no está aun reducido, ni mucho menos; hállase furioso como al principio de su captura, menea su trompa con rabia y trata de alcanzar á los que le cuidan, pero sus guardianes, vigilantísimos, reciben en la punta de sus lanzas los golpes que les descarga y lo aterrorizan con fuego y humo. Esta lección, que les enseña toda la medida del poder del hombre, es ordinariamente muy eficaz. Los elefantes domesticados ayudan á completar su educación, pero el cautivo no puede trabajar antes de cinco ó seis meses. Los machos son más difíciles de adiestrar que las hembras.»

No se cogen, pues, en la India los elefantes para matarlos,—lo cual está rigurosamente prohibido,—sino para utilizarlos como animales domésticos, á guisa de bestias de carga ó de cabalgaduras, y aun como animal de montería y de guerra, no para sembrar el espanto entre las filas enemigas, sino como portadores de bagajes, y para arrastrar cañones.

El elefante es uno de los pocos animales que pueden desempeñar su faena sin necesidad de que el amo los vigile. Por ejemplo: los ingleses lo utilizan

en la India como *niñera*. Al elefante se confía el encargo de llevar a los niños a paseo. El inteligentísimo animal los coge con la trompa y los coloca delicadamente sobre sus lomos; se los lleva a un jardín ó paseo de las afueras, los baja, haciéndoles sentar a la sombra y vigila sus juegos. Su trompa impone respeto a cualquiera que quiera acercarse a los niños. Al anochecer, el elefante vuelve a coger a sus amiguitos y los instala en la silla, regresando tranquilamente a casa. No es, pues, de extrañar que en vista de unas acciones tan juiciosas los indios hayan hecho del elefante el simbolo de los más elevados conocimientos y que Ganesa, el dios del arte y

los antiguos aborígenes de Canarias, pues los había de distintas razas.

Destruídos casi en su totalidad en la lucha que sostuvieron durante el siglo xv contra los conquistadores normandos y castellanos, y acabados luego por la epidemia llamada la *modorra*, es verosímil, con todo, que la población pastoral de ciertos valles interiores, especialmente en Tenerife, desciende de los antiguos *guanches*, que pudieron quizá salvarse por la incomunicación de aquellos parajes con el resto del país. En cuanto a los mestizos, producto del cruzamiento de los españoles con los naturales, es indudable que han desaparecido, absorbidos por el elemento peninsular, incesantemente renovado.

No cabe duda en que los *guanches* tenían parentesco con los bereberes, como resulta de las analogías entre la lengua *guanche* y los dialectos de dichas poblaciones, especialmente los de los *Imazighen Chelu* (Saharianos) y los del Atlas marroquí; de lo cual resultaría, asimismo, su parentesco con nosotros, pues de cada vez resulta más clara nuestra filiación bereber.

Se ha dicho que los *guanches* eran rubios, y en efecto, si no lo eran todos la mayoría ofrecían este color; pero también hay, además de bereberes morenos y pelinegros, bereberes pelirubios, en no escaso número, si bien abundan más los trigueños.

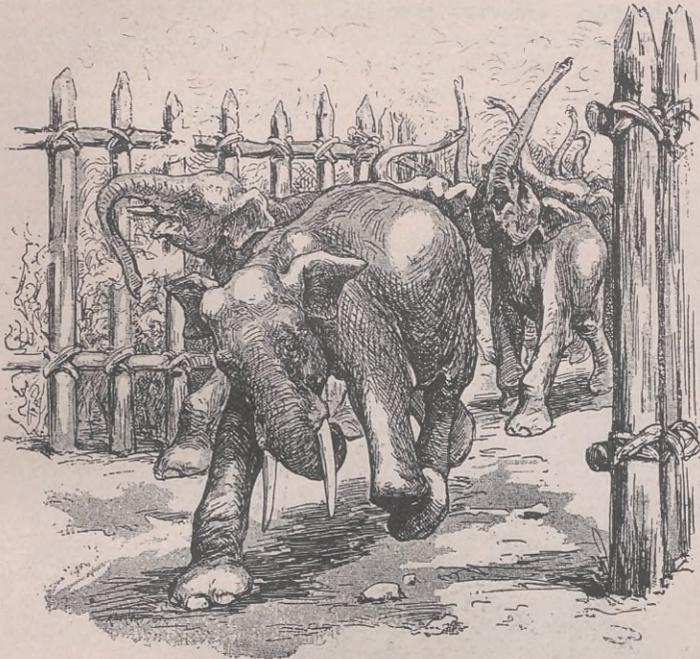
Si nos remontamos a los primeros testimonios relativos a los *guanches* veremos que Boccacio dice de ellos, al referir la expedición de los portugueses en 1341: «Los cuatro insulares indígenas conducidos a Lisboa eran jóvenes, lampiños, de hermoso sem-

blante. Tenían cabellos largos y rubios, que les llegaban casi hasta el ombligo; caminaban descalzos. Su estatura no excedía de la de los europeos; sus miembros eran robustos; parecían valerosos, de grande inteligencia, muy fieles y llenos de lealtad. Su canto era muy dulce, se mostraban alegres y risueños», etc.

Contábase que los navegantes habían visto en aquellas islas muchos árboles frutales, huertas y sembrados, que las casas estaban solidamente construidas con piedras sillares; las paredes parecían encaladas y las armazones eran de una madera muy sólida; todo lo cual indica que los naturales habían llegado a un grado de civilización muy adelantado.

Una costumbre singular de los *guanches* consistía en embalsamar los cadáveres a la manera egipcia y depositarlos en vastas criptas ó grutas.

Creen algunos, como el doctor S. Berthelot que los descendientes de los *guanches* se encuentran en los actuales pastores; no tienen ya sus creencias, y han olvidado su lenguaje, pero conservan su fisono-



MANADA DE ELEFANTES EMPUJADA AL CORRAL

de la ciencia, esté representado con una cabeza de elefante. No ocurre lo mismo en Africa, donde, como hemos dicho, se hace una guerra encarnizada a los elefantes para apoderarse de sus colmillos. El elefante de Africa que se distingue del asiático por su frente uniformemente abombada, sus grandes orejas y sus pezuñas que son tres y no cuatro en las patas posteriores, moraba en tiempo de los romanos desde el Cabo hasta en las regiones forestales de Marruecos, Argelia y Túnez, pero hoy no llega más que hasta el Níger. La destrucción de estos animales es no solo odiosa por la codicia que revela, sino insensata, pues el elefante representa un inapreciable agente de transporte en un país sin caminos ni vías férreas.

Ecós de la curiosidad

22. ¿Quiénes eran los *guanches*?

Es un error comprender bajo este nombre a todos

mía é imitan al antiguo indigena en su traje, sus costumbres y sus maneras. «Algunas expresiones del antiguo lenguaje,—dice dicho autor,—han prevalecido y se han mezclado con el castellano; muchas familias llevan nombres guanches, de que se vanaglorian; encuéntranse Doramas, Bencomo, Magantigo; nóntanse luchas, danzas populares que han conservado todos sus portes; muchos usos en fin, que revelan su nacionalidad.

»El habitante del campo, el pastor, el labrador, todo ese pueblo de costumbres agrestes, siempre fiel á los antiguos hábitos, continúa la vida de otros tiempos: tuesta su cebada, la muele él mismo entre sus dos piedras hereditarias colocadas en su humilde tugurio y prefiere al pan del rico el *gofio* de sus abuelos. La manteca de cabra se confecciona en Chasna y en casi todos los distritos del Sur de Tenerife según el antiguo procedimiento; siempre es leche encerrada en un odre colgado, que dos personas colocadas á distancia se envían una á otra. Los vasos que se fabrican en Candelaria no han variado ni de forma ni de nombre; son aun los *ganigos* de los indigenas. Parte de la población vive aun en grutas; el pastor sobresale en tirar piedras; imita la manera de silbar de los antiguos cañeros».

Paul Broca dice á su vez que el canario es «un guanche bautizado».

Según el doctor Verneau la antigua población de las Canarias se dividía en cuatro grupos de origen distinto; los guanches ocupaban unicamente las islas de Tenerife y Gomera, y su civilización era inferior á la de los otros grupos.

23. ¿Porque se llama *quintañones* á los viejos?

Solo debería aplicarse este nombre á los centenarios, pues se hace alusión al *quintal* castellano que pesa cien libras.

24. ¿Quién es *Máximo Gorki*?

Máximo Gorki es un nuevo novelista ruso, de originalísimo talento, que tiene la particularidad de no deber nada á la cultura literaria; apenas sabía leer ni escribir cuando empezó á producir, y durante su adolescencia y toda su juventud hizo vida de vagamundo.

Nacido en Nijni Novgorod en 1868 ó 1869 (pues él mismo no lo sabe) y huérfano en su niñez de padre y madre, sumamente pobres, fué por turno aprendiz de zapatero, de grabador, de pintor de imágenes, de jardinero, pinche de cocina, mozo de tahona, aserrador, descargador, guarda-vías, vendedor ambulante, etc. Así se recorrió á pie, casi toda la Rusia.

Cobró afición á la lectura en sus tiempos de panadero, é hizo su verdadero estreno como novelista (pues antes había publicado algún cuento en tal ó cual diario de provincias) en 1893, en cuyo año encontró al célebre escritor Korolenko, gracias al cual

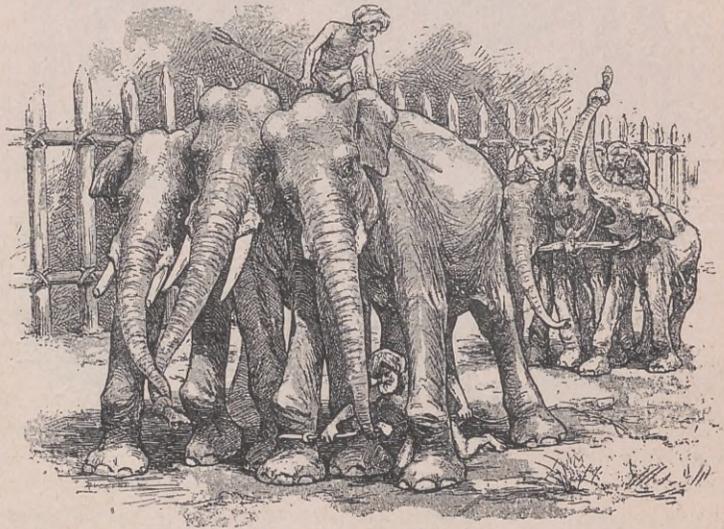
pudo publicar una novela corta titulada *Tchelkache* que alcanzó ruidoso éxito.

Desde entonces ha publicado unas treinta novelitas más, y como solo conoce la vida y costumbres de los vagamundos, estos son los personajes de sus narraciones. Cábele, pues, á Gorki el mérito de haber introducido semejantes tipos en la literatura rusa, y se le debe el conocimiento de una clase numerosísima de súbditos del Czar. El estilo, aunque descuidado é imperfecto, resulta maravillosamente adaptado al asunto, pero lo que admira y entusiasmo es la vida, la frescura y la verdad de sus narraciones, todas ellas sin parecido á nada, absolutamente nuevas y personales.

LEÓN A. RODRÍGUEZ

PREGUNTAS

28. ¿Porque se llaman *bohémios* á los escritores y artistas que llevan cierta clase de vida?



ELEFANTE SALVAJE ENTRE DOS ELEFANTES DOMÉSTICOS

29. ¿Que se entiende por *Estatismo*?

30. ¿Tienen noción del número los animales?

Aplicaciones de la fuerza centrífuga

Al ver las sorprendentes invenciones y peregrinos descubrimientos que se realizan de continuo en los Estados Unidos hay que reconocer que esos yankees son unos verdaderos diablos. Hé aquí una aplicación verdaderamente asombrosa de la noción mecánica de *la fuerza centrífuga*, que al demonio se le ocurre.

Es, pues, el caso, que en el jardín público de la isla de Coney, cerca de Nueva York, puede ver cualquiera una vagoneta, con sus correspondientes

asientos, la cual camina por una vía que, en cierto punto, toma la forma de un elipse, verticalmente levantada, *cuya periferie interna es recorrida por el vehículo*, de tal manera que al llegar al zenit la vagoneta está invertida, y por lo tanto los pasajeros están con los pies arriba y la cabeza abajo.

El origen del movimiento se halla á la derecha del grabado y el sentido de la marcha es el que indican las flechas.

Desde el punto de partida, á 11 metros sobre el nivel del suelo hasta el principio del bucle la vía mide 23 metros de longitud; primero es plana, pero de pronto se inflexiona hacia tierra formando un ángulo de cerca de 45°; después sufre una nueva desviación en sentido inverso para describir un elipse, y por fin termina por una nueva inclinación hacia la izquierda. Ahí queda en reposo la vagoneta, y en seguida por medio de una cuerda, es izada otra vez hacia el punto de origen del movimiento.

Si se fija la atención en este dispositivo se comprenderá enseguida el mecanismo del funcionamiento. La altura de caída del punto de origen, los ángulos de inclinación de la vía y las masas de las vagonetas están calculados de manera que, por la sola impulsión comunicada al vehículo de un vertiginoso descenso, sea recorrido todo el trayecto del bucle elíptico con la velocidad precisa para que la vagoneta se mantenga permanentemente sobre el riel por la utilización de la fuerza centrífuga.

La extremidad del eje mayor de la elipse se halla á 8 $\frac{1}{2}$ metros de elevación y el eje menor tiene 6 metros de longitud, de manera que el desarrollo interior es de unos 21 metros.

El riel único, agargantado, está fijado sólidamente sobre una recia estructura de madera; la elipse está sostenida á derecha é izquierda por sendos contrafuertes tangenciales á manera de los que se ven en ciertos *tocadores* antiguos, para sostener la ovalada luna del espejo central. Además, para resistir la carga rodada de la vagoneta, la elipse se apoya sobre dos rodillas laterales, todo lo cual aparece perfectamente en el grabado.

Vengamos ahora á las particularidades del riel y de la vagoneta.

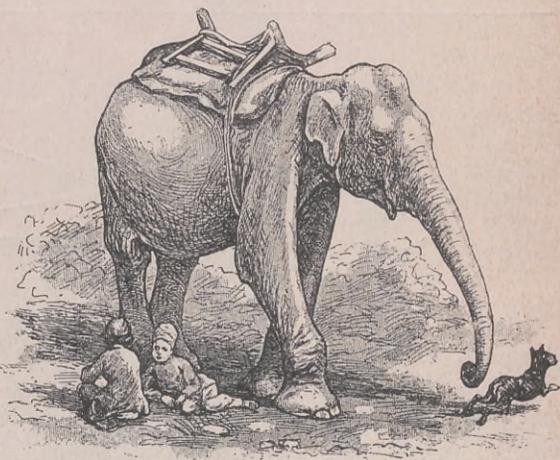
La parte superior de la caja del vehículo se asemeja á un trineo de cuatro asientos. Tiene 1'80 metro de longitud por 0'92 de anchura, á corta diferencia las dimensiones de los coches de nuestras *montañas rusas*. El camino es monorielado. Este riel, único, está tendido en el eje de la vía, consistente en dos series de traviesas, cuyas caras superiores están revestidas de hierro para preservarlas del desgaste.

La vagoneta, á su vez, vá provista en su parte media, de dos galetes, colocados en tandem, como las ruedas de una bicicleta. Tienen un diámetro de 30 centímetros, ruedan sobre los revestimientos de hierro antes citados y van guiados en el interva-lo existente entre las dos traviesas.

La vagoneta, sin embargo, lleva además dos pa-

res de ruedas, llamadas «de socorro» á cada lado, al objeto de oponerse á cualquier descarrilamiento. Para que esas ruedas puedan realizar su función de seguridad, hay practicada una mortaja, en la cara inferior de las traviesas, en cada una de sus extremidades. Estas mortajas tienen los bordes revestidos de hierro á todo lo largo de la vía, y precisamente sobre esas suelas de revestimiento corren los dos pares de ruedas.

Cuando la vagoneta se halla en el zenit de su carrera, si se diese el caso de resultar insuficiente la fuerza centrífuga para contrabalancear los efectos de la gravedad, ó en términos mas claros, la tendencia del vehículo á caerse,-- por mas que esta cai-



ELEFANTE NIÑERA

da sea imposible, según los cálculos de trazado,-- quedaría sostenida por las ruedas de socorro encajadas en las dos mortajas.

El viaje, como es de suponer, es solo cuestión de segundos.

Los habitantes del aquarium

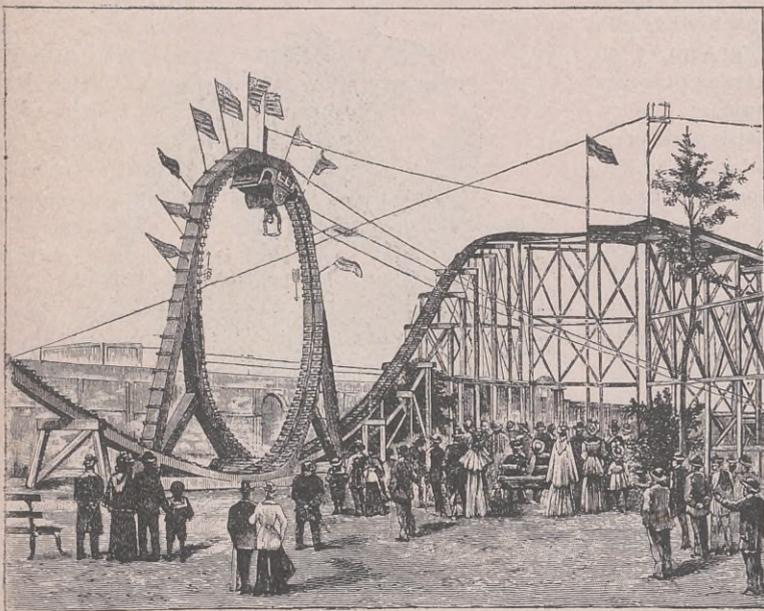
Si para el profano vulgo lo más digno de atención en un aquarium son los peces, desdeñando los pólipos, crustáceos, lombrices, etc., los naturalistas, en cambio, no se cansan de estudiar las costumbres de estos últimos, sumamente interesantes desde el punto de vista de los altos estudios zoológicos.

La generalidad conoce poco las lombrices; aparte de los gusanos de tierra, las sanguijuelas y las tenias ó solitarias, expuestas por los farmacéuticos en sus escaparatas, no ve la gente muchas más, pero no así los pescadores que las descubren en la bajamar y las utilizan para cebar sus anzuelos.

La mayor parte de las lombrices, en efecto, habitan el mar: en los guijarros, las arenas y las algas de la orilla las unas, en las grandes profundidades

abriales las otras. Las hay que no hacen más que rampar por el limo: otras viven fijas en tubos calcáreos en la superficie de las conchas de los moluscos ó en la superficie de las rocas, y las hay, por fin, que nadan como anguilas. Estas últimas son las que están mejor organizadas y se las ha clasificado entre los Anélidos.

Las más curiosas de esas lombrices libres, nadadoras y muy carniceras son las *Eunices*, que alcanzan á veces 1 metro 50 de longitud por 3 centímetros de anchura y cuentan 800 anillos, provisto cada uno de un par de órganos locomotores. Nada mas notable que la riqueza de las tintas que presentan el cuerpo y los apéndices de las *Eunices*: son



FERROCARRIL CENTRÍFUGO, CERCA DE NUEVA YORK

rojizas, brillan con reflejos metálicos y presentan todos los matices del arco-iris.

Muchas son las especies de este interesante género, pero solo citaremos:

La *Eunice torquata*, que habita en las hendiduras de las rocas, especialmente en el litoral de San Sebastián; tiene 20 centímetros y es de un color pardo dorado, que brilla con reflejos nacarados de precioso efecto. La *Eunice de Risso*, se halla en el Mediterráneo; tiene la cabeza profundamente escotada en forma de corazón, y el cuerpo es cilíndrico.

La *Eunice gigantea* habita en el Océano Indico, y pasa de 1 metro 50 de longitud. No suelen verse muchas en los acuarios, pero se la puede observar en algunas estaciones de zoología marítima, y constituyen un curiosísimo espectáculo los movimientos de aquella larga cinta.

En cuanto á los crustáceos, son huéspedes peligrosos para los habitantes de los acuarios, especialmente los cangrejos.

La talla y forma de éstos es muy variable, desde

el *Cangrejo tortero* que puede alcanzar 30 centímetros de anchura, hasta las *Pinnotheras* que se encuentran en el manto de las almejas.

Las últimas exploraciones submarinas han dado á conocer curiosas especies: los *Lithodos* tienen el cuerpo y las patas cubiertas de largos pinchos; los *Merocryptus* son muy extraños con su caparazón erizado de tubérculos en forma de hongos; los *Geryones* alcanzan 70 centímetros.

El *Geryon tridens*, es mas pequeño, y como ya dice su nombre, tiene 3 dientes, que se proyectan de los dos lados anteriores del pentágono que forman su cabeza y su torax. No difieren por sus costumbres ni alimentación de los demás cangrejos y son originarios de las costas de Noruega en el mar del Norte.

EL ÚLTIMO CENSO DE CUBA

Se ha publicado el último censo de la población de Cuba, resultando que ha tenido en los doce años que transcurrieron desde que el gobierno español mandó formar el censo anterior, en 1887, una disminución de 58,840 habitantes, lo que indica muy á las claras que fué muy mal tomado el anterior censo, ó que ha sido muy exagerado el número de las víctimas que hicieron la guerra, la reconcentración y el bloqueo.

Hay en la isla 96 poblaciones de más de 1,000 habitantes; 16 de más de 8,000; 5 de más de 25,000; y 1 de más 200,000, la Habana, que cuenta con 235,981 habitantes. Según se vé, no guarda la debida proporción la población rural con la urbana, siendo, con corta diferencia, casi igua-

les. El 57-8 por ciento de la población es de blancos nativos; el 9 por ciento de blancos extranjeros; el 32 por ciento de negros y mulatos y el 1 por ciento de chinos; los extranjeros residen generalmente en los grandes centros de población y solamente en la Habana se encuentra la tercera parte de los que hay en la Isla. El 83 por ciento de la población total es cubana y los españoles que han conservado su nacionalidad están en la proporción de 1 á 11.

El 63 por ciento de la población no sabe leer ni escribir; el 2 1 sabe leer solamente y el 32-7 sabe leer y escribir, pero carece de instrucción superior, que posee solamente el 1-2 por ciento. La proporción entre los hijos legítimos y los ilegítimos, es de 2 á 13.

No todos los cubanos son abogados, médicos, hacendados y tabaqueros; hay en la Isla, 89 actores y 18 actrices, de los cuales 29 de color; 162 arquitectos, entre los cuales 8 de color; 283 sacerdotes, incluso 4 de color; 245 periodistas, de los cuales 17 son de color; además, un gran número de artistas, escritores y artesanos de varios oficios, etc., etc.

SALPICÓN

AGUA DENTÍFRICA DE ROSAS É IRIS

Compónese según el *American Druggist* de 120 gramos de raíz de iris (lirio cárdeno), 30 gramos de pétalos de rosa, otro tanto de jabón

Lismore (Nueva Gales del Sur); Sydney; San Francisco; Filadelfia; Hastings (Inglaterra); Paris; Lodi; Melbourne.

En el reverso una lista de di-

Mr. Dermott recibió procedente de Melbourne, la tarjeta que depositó en el buzón, apareciendo haber empleado en su viaje dicho espacio de 97 días, y resultando también que hubo siete personas que no vacilaron en rascarse el bolsillo para complacerle.

COLÓN Y LA MARINA DE GUERRA

Allá por los años de 1860 había un vapor de guerra de ruedas ó sise quiere un vapor de ruedas de guerra, llamado *Colón*, que jamás hizónada de particular.

Otro *Colón*, crucero, nuevecito, naufragó, al mando del señor Sanchez de Toca, en los Bajos Colorados (Cuba), en 1896.

Tercer *Colón*, el de la casa Ansaldo. Mandado por el señor Diaz Moreu; estuvo en lo de Santiago de Cuba. Ahora tenemos por ministro de Marina, á un *Colón*, y mucho será que no naufrague también.

LOS HABITANTES DEL AQUARIUM



EL EUNICE GIGANTE Y EL CANGREJO DE TRES DIENTES

raspado y 15 gramos de cochinilla, poniéndolo todo en 1,900 centímetros cúbicos de alcohol diluido. Añádense por fin 30 gotas de esencia de rosas y 40 de aceite de neroli. Es un preparado tan útil como agradable.

LA VUELTA AL MUNDO EN 97 DÍAS

Trátase, no de un viajero, sino de una tarjeta postal, verdaderamente única, como no es menester decir. Hé aquí su actual estado, después de su gloriosa odisea.

El anverso lleva ocho direcciones; de esas ocho, siete aparecen cuidadosamente matadas, y solo es legible la última. Esas direcciones se aprietan entre sí en los bordes de la tarjeta, cuya mayor parte está recubierta por variados sellos de correo: de la Nueva Gales del Sur, de Victoria, de los Estados Unidos, de Inglaterra, de Francia y de Italia, y sobre esos sellos las señales de los timbres húmedos de las administraciones de correos:

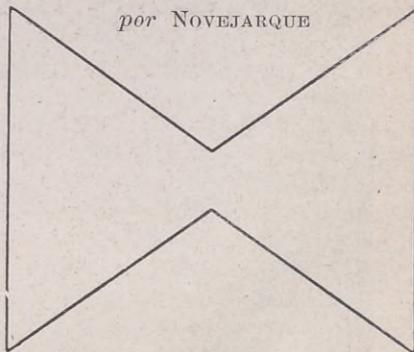
recciones y esta sola frase:

«Salud á cuantos reciban esta tarjeta y súplica á cada uno de ellos de enviarla á la dirección siguiente, poniendo un sello.»

Hé aquí ahora la explicación de esta viajata; monsieur G. C. Mac Dermott, habitante en la calle de Moleswort, Lismore, quiso saber, por pura curiosidad científica, cuanto tiempo tardaría una tarjeta postal en dar la vuelta al mundo y también, por curiosidad filosófica, hasta que punto se puede contar con que el prójimo se gaste algunos reales en sellos, en obsequio á un desconocido. Mr. Mac Dermott, pues, envió la tarjeta á Mr. Kelio King, de Sydney, con ruego de enviarla al director de cierto periódico de San Francisco, el cual á su vez debía transmitirla á Mr. Muron de Filadelfia, éste á un caballero de Hastings, el de Hastings al director de *Le Temps*, etc., etc. Resultado: que

UN PROBLEMA DEL SIGLO XX

por NOVEJARQUE



Dividase esta figura en *siete* trozos y fórmese con ellos un cuadrilátero, de manera que formado éste, las líneas divisorias (de la unión de los trozos) dibujen dos números.

Nota.—Los trozos en que se divide la figura son. *cuatro* exactamente iguales, y entre otros *dos* se forma la figura del *otro* trozo.

La solución en el próximo número

SOLUCION

al pasatiempo del número anterior
Frase hecha.—Comer á dos carrillos.

